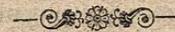


po las sumas necesarias, y envió á uno de sus oficiales llamado Alipio, de mas confianza, para que apresurase la ejecucion de sus órdenes. Al punto ocurrieron de todas partes los judíos: una multitud innumerable de operarios se reunieron en el sitio del templo: se descombró la plaza, cavaron la tierra y trabajaron con ardor para arrancar los antiguos cimientos: los viejos, los niños y aun las mugeres cooperaron á este trabajo: ellas recibian en las faldas de sus vestidos las piedras y la tierra de los escombros. Entre tanto Cirilo, obispo de Jerusalem, se burlaba de sus esfuerzos: decia públicamente que habia llegado el tiempo en que la profecía del Salvador iba á cumplirse á la letra, que de este vasto edificio no quedaria piedra sobre piedra. En efecto, luego que demolieron los fundamentos del antiguo templo, sobrevino un horrible temblor de tierra, que arrazó las escavaciones, dispersó los materiales que se habian acopiado, echó abajo los edificios inmediatos, mató ó hirió á los operarios: quedaron arruinadas las obras; mas los judíos no deponian su obstinacion: recobrados de su terror volvieron á poner mano á la obra. Entonces salieron del seno de la tierra unos globos de fuego, despidiendo contra los operarios las piedras que ellos procuraban acomodar, y consumieron sus herramientas. Este terrible fenómeno se repitió muchas veces, y manifestaba evidentemente la accion de una inteligencia, que manda á la naturaleza, porque este fuego brotaba tantas veces, cuantas emprendieron el trabajo, y no cesó de salir, hasta que lo abandonaron. Una maravilla tan sorprendente llenó de espanto á todos los espectadores: muchos judíos y aun mas

número de idólatras, confesaron la divinidad de Jesucristo y pidieron el bautismo. El emperador, ciego en medio de la mas viva luz, vió destruido su proyecto; pero no depuso su ceguedad. Este hecho es incontestable, y unánimemente lo atestiguan, no solo los autores eclesiásticos de aquel tiempo, sino aun los mismos paganos como Amiano Marcelino.

San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, lo manifestaron públicamente en presencia de una multitud de oyentes, de los cuales muchos habian sido testigos oculares sin que alguno los contradijese. Un famoso rabino que escribia en el siglo siguiente, aunque tenia interes en ocultarlo, refiere el hecho y lo testifica con los anales de su nacion: el mismo Juliano confiesa que intentó reedificar el templo de Jerusalem, y su silencio sobre los obstáculos, que le hicieron renunciar su empresa, es una confesion tácita de lo que sobre esto han referido los escritores de su tiempo. Juliano entonces emprendió una guerra contra los persas, en la que murió infelizmente: su muerte fué mirada como un efecto de la venganza divina contra este príncipe apóstata, y de una particular providencia en defensa de la Iglesia perseguida por él.

JOVIANO, EMPERADOR, PROTEJE LA FE CATOLICA.



LUEGO que murió Juliano, los principales oficiales del ejército formaron un consejo, y de unánime consentimiento proclamaron emperador á Joviano.

Era comandante de las guardias imperiales, y sus cualidades personales le habian grangeado la mas alta reputacion. A mas de su conocido valor, tenia habilidad para arbitrar recursos en las mas dificiles circunstancias. Como el ejército romano se hallaba entonces en medio de la Persia, se necesitaba un gefe de este carácter; pero lo que mas interesaba á la Iglesia, era que éste habia conservado la pureza de la fé, de la cual, en el reinado anterior, habia dado las pruebas mas esclarecidas, manifestando su adhesion á la religion cristiana; porque el emperador Juliano, cuando se disponia al combate contra los persas, habiéndole hecho venir, le dijo con severidad: Sacrifica á los dioses, ó entrégame tu espada: Joviano se la entregó sin vacilar. Entre tanto, el emperador hizo al punto que la volviese á tomar, porque no queria privarse de los servicios de un oficial tan distinguido, en una circunstancia en que le eran tan necesarios. Antes de tomar las insignias de la dignidad imperial, reunió Joviano el ejército, y le declaró que estando unido á la religion cristiana, no se hallaba en ánimo de mandar unos soldados idólatras, á quienes Dios no protegía. Los soldados esclamaron todos á una voz: No temais señor: vos mandais cristianos: los mas antiguos de nosotros han sido instruidos por el gran Constantino, y los otros por sus hijos: poco ha sido el tiempo que Juliano ha reinado, para que pudiese afirmar la impiedad entre aquellos mismos que procuró seducir. Esta respuesta causó mucho gusto á Joviano: se puso á la cabeza del ejército, y por las sábias medidas que tomó, le hizo regresar en pocos dias á los dominios del imperio. Entonces este emperador piadoso se

dedicó á curar las llagas que Juliano habia hecho á la Iglesia: uno de sus primeros cuidados, fué llamar del destierro á San Atanasio, y restablecerlo en su silla. La carta que escribió al santo obispo, manifiesta el profundo respeto con que le veneraba. Atanasio salió de su desierto, y se restituyó á Alejandría: las desgracias de este santo prelado, eran tambien de la Iglesia, y su triunfo, á ella particularmente le convenia. Los arrianos, sin embargo, procuraron prevenir á Joviano contra él; mas no tuvo efecto su intencion depravada. El emperador concibió mas estimacion al santo prelado, y siempre le honró con una distinguida confianza. Para confirmarse mas en la fé, y no desviarse ni un punto de la creencia de la Iglesia, pidió á San Atanasio que le enviase una esposicion clara y precisa de la doctrina católica. El santo obispo satisfizo el deseo del emperador: le esplicó en su esposicion la fé de Nicéa, y le hizo advertir, que no habia otro medio para hacer que cesasen los males de la Iglesia, que procurar la sumision á los decretos de este concilio. La Iglesia comenzaba á respirar despues de tantos obstáculos, y gozaba por parte de Joviano un favor, que despues de Constantino se le habia negado. El piadoso emperador habia restablecido á los eclesiásticos, á las viudas y á las vírgenes, en los derechos de su inmunidad: habia mandado á los gobernadores de las provincias que favoreciesen las juntas de los fieles, y velasen por el honor del culto divino y por la instruccion de los pueblos. Se esperaba gozar de todas estas ventajas por mucho tiempo, cuando Joviano, que aun no habia llegado á la edad de 32 años, fué sorprendido de la muerte en su lecho.

Se cree que murió sofocado con el gas del carbon que se habia encendido en su aposento para secarlo. Esta muerte prematura volvió á dejar á la Iglesia en medio de las anteriores turbulencias.

(AÑO 367 DE JESUCRISTO.)

VALENTE RENUEVA LOS DESORDENES DEL ARRIANISMO.

VALENTINIANO, elevado al trono imperial despues de Joviano, dividió el imperio con su hermano Valente. Era sinceramente adicto á la verdadera fé; y la Iglesia se mantuvo en paz en toda la estension de su dominio; pero Valente, á quien habia tocado el Oriente, suscitó allí una violenta persecucion contra los católicos, y renovó todos los males del reinado de Constancio: comenzó por desterrar á San Atanasio, que era siempre el principal objeto del ódio de los arrianos, y la primera víctima de su furor. Los golpes que la malicia descargaba contra el santo prelado, fueron la señal de una general persecucion. Desde luego los católicos comenzaron á sufrir toda suerte de malos tratamientos, los ultrajes, confiscaciones de bienes, cadenas y suplicios; todo se empleó contra ellos, y aun sus quejas se miraban como un enorme crimen. Ved aquí un hecho, entre otros muchos. “Los fieles de Constantinopla no podian persuadirse que el emperador autorizase las vejaciones que sufrían: comisionaron

ochenta eclesiásticos virtuosos para hacerle por medio de ellos presentes sus quejas de estos escesos. Valente escuchó su representacion, disimulando su cólera; pero dió orden á Modesto, prefecto del Pretorio, de que les quitase la vida. El prefecto, temiendo que la ciudad se sublevase si los condenaba á muerte públicamente, pronunció contra ellos sentencia de destierro, á la que ellos se sujetaron con gusto: les hicieron embarcar á todos en una misma nave; y á los marineros que la conducian, mandó que la incendiasen cuando estuviesen ya bastante lejos de la ribera. De estos ochenta eclesiásticos no se salvó mas que uno solo; todos perecieron, ó en las llamas, ó en las aguas.” Los solitarios, viendo el peligro en que se hallaba la Iglesia de Oriente, se persuadieron á que debian socorrerla, segun les fuese posible: dejaron sus retiros para ir á alentar y fortalecer á sus hermanos. Uno de ellos, venerable por su edad y por su santidad, á quien vió el emperador, le dijo: ¿á dónde vas tú? ¿Por qué motivo no permaneces en tu celdilla, mas bien que andar recorriendo por las ciudades, y que incitar á los pueblos á una rebelion? El santo viejo le respondió con aquella firmeza que inspira un ardiente celo: Príncipe, yo he permanecido en mi soledad, mientras que las ovejas del celestial Pastor han estado en paz; mas luego que yo las veo en la turbacion y peligro de ser devoradas, ¿me seria permitido permanecer con tranquilidad en mi retiro? Si yo soy un hijo que me hallo actualmente en la casa de mi padre, y viesse al mismo tiempo que alguno le prendia fuego, ¿deberia estarme quieto, y dejar que el fuego me consumiese á mí juntamen-

te con la casa? ¿No convendría mas bien ir á buscar socorro, arrojarle agua, y poner todos mis esfuerzos para extinguir el incendio? He aquí, pues, lo que yo hago: vos, ó príncipe, habeis prendido fuego á la casa del Señor: he visto desde mi celdilla el incendio, y procuro apagarlo. No replicó el emperador á una respuesta tan sensata y generosa, y aun le pareció portarse con mas suavidad con respecto á San Atanasio, á quien permitió que volviese á su Iglesia; sin embargo, no era porque hubiese variado en sus resoluciones, sino porque temia irritar á su hermano Valentiniano, que miraba con respeto al santo obispo. Volvió entonces San Atanasio á Alejandría; y despues de haberse distinguido en tantos combates, desterrado cinco veces, y vuelto otras tantas de su destierro, permaneció allí con tranquilidad, durante los seis últimos años de su vida.

(AÑO 370 DE JESUCRISTO.)

INTREPIDEZ DE SAN BASILIO, OBISPO DE CESAREA.

VALENTE, empeñado constantemente en establecer el arrianismo en sus estados, recorrió personalmente muchas provincias para echar de sus sillas los obispos católicos; pero encontró defensores generosos de la verdad. San Basilio, obispo de Cesaréa en Capadocia, se distinguió entre todos los de-

mas, por su firmeza. Este gran prelado fué como un inespugnable muro contra el cual vinieron á deshacerse todos los esfuerzos de la heregía. El emperador, antes de ir á Cesaréa, mandó á Modesto, prefecto del Pretorio, para ganarlo, ó por lo menos para intimidarlo, y obligarle á que recibiese á los arrianos en su comunión. El prefecto hizo comparecer á su presencia al santo obispo: se presentó con todo el magnífico aparato propio de su dignidad, la mas distinguida del imperio: sentado sobre su tribunal, estaban al rededor de él todos sus ministros, armados con segures. Basilio se presentó con un aire sereno y tranquilo. El prefecto lo recibió primero con demostraciones de honor, y le persuadió con palabras insinuantes á que se rindiese al deseo del emperador, y comunicase con los arrianos. No habiéndole surtido efecto alguno este medio, tomó un aire amenazante, y le dijo con un tono de indignacion: ¿Qué, piensas oponerte á tan grande emperador, y á las disposiciones de aquel á quien obedece todo el mundo? ¿No temes sentir los efectos de su indignacion? ¿No ves que tiene poder para despojarte de tus bienes, mandarte al destierro, y aun para quitarte la vida? “Nada me mueven “ciertamente esas amenazas, respondió Basilio: ninguna cosa puede perder el que nada posee, sino es “que querais despojarme de estos miserables vestidos que me cubren, y quitarme algunos libros “en que consiste toda mi riqueza: por lo que mira “al destierro, yo no lo conozco, pues jamás he tenido apego á lugar alguno: toda la tierra es de “Dios, y por consiguiente toda es mi patria y lugar “de mi camino: cuanto á la muerte, yo no la temo,

“ porque será para mí un gran beneficio; pues ella me ha de hacer pasar á la verdadera vida, y mas cuando ya ha mucho tiempo que estoy muerto al mundo: los tormentos no son capaces de intimidarme: mi cuerpo está en tal estado de flaqueza y debilidad, que no podrá sufrirlos mucho tiempo, y el primer golpe pondrá fin á mi vida y á mis penas.” Un discurso tan nuevo á los oídos de un cortesano, asombró al prefecto: jamás, dijo, se me ha hablado con tanta osadía: es, replicó el santo prelado, porque acaso jamás habreis hablado con un obispo. El prefecto no pudo menos que admirarse de la firmeza de esta alma tan superior á las amenazas y á las promesas. Fué á dar cuenta al emperador del mal resultado de su comision. ¡O príncipe! le dice, nosotros estamos vencidos por un solo hombre: no tengais esperanza de rendirlo con amenazas, ni de ganarlo con la benevolencia: no os queda otro recurso que la fuerza. El emperador no creyó prudente emplear entonces este medio: temia al pueblo de Cesaréa; y á pesar suyo, se inclinaba á respetar al santo prelado.

VALOR ADMIRABLE DE UNA MUGER CRISTIANA.

NO solamente los obispos y los sacerdotes, sino tambien los simples fieles, y aun las mugeres mismas, se distinguieron por su fé y valor en esta persecucion del emperador Valente. Ved aquí un ejemplo memorable. Este príncipe habia desterrado al

obispo de Edesa, ciudad de Mesopotamia, por su adhesion á la fé de Nicéa, y en su lugar habia hecho ordenar otro obispo: habia encargado igualmente al prefecto Modesto, que obligase á los sacerdotes y diáconos á comunicar con el nuevo obispo, ó desterrarlos á los últimos confines del imperio. Modesto, habiéndolos reunido, procuró con persuacion obligarles á que se sometiesen á sus órdenes; mas no pudo conseguirlo: uno de ellos le respondió generosamente á nombre de todos: Nosotros tenemos aun nuestro Pastor legítimo, y no reconocemos á otro alguno: así es que fueron enviados al destierro. Alentado el pueblo con su ejemplo, rehusó constantemente comunicar con el intruso: salian de la ciudad á la hora señalada para los divinos oficios, y se juntaban á orar en el campo. Habiéndolo sabido el emperador, se irritó contra el prefecto, y le reprendió severamente el que no hubiese tenido cuidado de impedir estas asambleas: le mandó juntar todos los soldados para disipar la multitud de los fieles: Modesto, aunque era enemigo de los católicos, no aprobaba, sin embargo, estas medidas violentas del rigor. Advirtió secretamente á los fieles, que no se juntasen el dia siguiente en aquel sitio donde acostumbraban reunirse para orar, porque tenia orden del emperador, de castigar á todos los que allí se encontrasen. Con esta amenaza esperaba impedir la reunion y aplacar por este medio al emperador; pero los católicos jamás se habian empeñado tanto como entonces en ocurrir al lugar de su oracion: allí se reunieron muy de mañana en mayor número. Informado de esto el prefecto, no sabia qué partido tomar: marchó, sin embargo, ácia

aquel lugar; pero hacia con su tropa un ruido extraordinario, para intimidar al pueblo y obligarle á que se dispersase: cuando pásaba por la ciudad, vió á una pobre muger que salia apresuradamente, sin atender ni aun á cerrar la puerta de su casa, llevando á su hijo de la mano, y dejando caer negligentemente su vestido, en lugar de recogerle, segun costumbre del pais. Atravesó de este modo la fila de los soldados que marchaban delante del prefecto, y pasó con demasiada prontitud, sin manifestar temor alguno. Modesto la hizo detener, y le preguntó dónde iba con tanta prisa: Voy, dijo ella, al campo donde los fieles están reunidos: ¿pues qué no sabes, añadió el prefecto, que tengo orden de quitar la vida á todos los que encontrase allí? Lo sé muy bien, respondió la muger, y esto mismo es lo que me hace apresurar, temerosa de perder la ocasion de sufrir el martirio. ¿Pues por qué llevas, la dijo, contigo á ese niño? Para que participe, respondió, de la misma felicidad. Modesto, asombrado del valor de esta muger, volvió al palacio; informó al emperador de lo que le habia pasado, y le persuadió á que renunciase una empresa que le seria inútil, y cuyos resultados no podian hacerle honor. Este hecho basta para dar á conocer cuáles eran los sentimientos de los primeros fieles, á vista del cisma, cuidadosos de practicar esta palabra de Jesucristo: *Las ovejas siguen á su verdadero pastor; escuchan su voz con docilidad; pero huyen de un pastor extraño*: permanecian adictos inviolablemente al obispo que la Iglesia les habia enviado: estaban dispuestos á sacrificar cuanto les era mas estimable, y á perder la misma vida, antes que comunicar con el intruso.

VALENTE TIEMBLA DELANTE DE SAN BASILIO.

HALLÁNDOSE el emperador en Cesaréa el dia de la Epifanía, fué á la Iglesia principal á asistir al oficio divino: entró en ella, acompañado de todos sus guardias, para infundir un temor respetuoso al santo obispo con esta imponente pompa; pero cuando vió el bello orden, la modestia de un pueblo inmenso, y el profundo recogimiento de San Basilio, que estaba postrado ante el Santísimo, con el cuerpo inmóvil, la vista fija y el espíritu unido á Dios; la piedad de los sagrados ministros que le cercaban, que mas parecian ángeles que hombres, quedó el príncipe sorprendido con este espectáculo religioso, y se contuvo como deslumbrado y helado de temor. Recobrándose, sin embargo, un poco, quiso presentar su ofrenda; pero como ninguno de los ministros se adelantaba, segun costumbre, á recibirla, porque ignoraba si San Basilio querría aceptarla, se apoderó del príncipe un temblor repentino: sus rodillas vacilantes no lo podian mantener en pié, y fué necesario que lo sostuviese uno de los sacerdotes, que observaron su debilidad. El santo prelado creyó que en tales circunstancias podia moderar el rigor de la disciplina eclesiástica, y usó de condescendencia, recibiendo la ofrenda del emperador. El príncipe se serenó, y procuró rendir á San Basilio, enviándole algunos magistrados y oficiales de su ejército con algunas otras personas mas distinguidas,

con el fin de ir él personalmente á tratar con el santo obispo, el cual, sin salir de los límites del debido respeto, le habló con una libertad apostólica, é impuso silencio á un cortesano que tuvo la osadía de amenazarle en presencia del príncipe: esta conferencia no indispuso al emperador; cedió en beneficio del santo prelado, á quien le concedió tierras para fundar un hospital en Cesaréa; pero los arrianos que cercaban al emperador, le hicieron mudar muy pronto de resolucion. Se habia determinado Valente á desterrar á San Basilio, cuando su hijo fué atacado de una violenta fiebre, á la cual los médicos no pudieron hallar algun remedio. Persuadido el emperador que esta enfermedad era un justo castigo por la resolucion que habia tomado contra San Basilio, le mandó llamar: apenas el santo obispo habia entrado al palacio, cuando el jóven príncipe se sintió aliviado. El santo aseguró, que el enfermo recobraría enteramente la salud, siempre que se procurase imbuirlo en los principios de la doctrina católica. Habiéndose aceptado la condicion, se puso en oracion, y el niño quedó sano; pero el emperador, infiel á su palabra, permitió que un obispo arriano bautizase á su hijo, que atacado nuevamente de la enfermedad, murió poco despues. No convirtió con todo á Valente este golpe, y condenó por segunda vez al destierro al santo prelado; pero cuando quiso firmar el decreto, se le rompió por tres veces la pluma en las manos, y tembló en términos de no poder trazar ni una sola letra. Dios, por último, quiso ejercer su indignacion sobre este príncipe impenitente, que pereció en una batalla en que desapareció su cadáver, sin que jamás se hubiese

podido hallar. Se cree que habiendo sido traspasado con una flecha, hizo que lo llevasen á una cabaña, la cual incendiaron sus enemigos.

VIRTUD DE SAN GREGORIO NACIANCENO.

SAN BASILIO estaba unido por una amistad muy estrecha con San Gregorio Nacianceno, que no tenia menos celo que él por la pureza de la fé. Esta amistad, contraida desde el tiempo en que ambos seguian sus estudios en Atenas, fué con el tiempo mas estrecha, y duró toda su vida. “Los dos, decia San Gregorio en la admirable relacion que hizo él mismo, de lo que habia dado lugar á esta santa amistad, los dos teniamos un mismo fin: la virtud, que “es nuestro tesoro, era el objeto de nuestra solicitud: procurábamos hacer eterna nuestra union, “preparándonos á el efecto á adquirir una feliz inmortalidad: recíprocamente nos enseñábamos, y “celábamos sobre nuestra conducta: nos exhortábamos á la piedad: no teníamos comercio alguno “con aquellos compañeros, cuyas costumbres eran “desarregladas, ni nos familiarizábamos mas que “con aquellos que por su modestia, su prudencia y “su sabiduría, podian sostenernos en la práctica “de la virtud, persuadidos de que los malos ejemplos son como los males contagiosos, que fácilmente se comunican: no conociamos en Atenas “mas que dos calles, la que conducia á la Iglesia,